

Más... perdemos el tiempo en necesidades
y no os digo lo mucho que me callo;
que al fin y al cabo sin que vos querades
no tendreis más remedio que escuchallo.
Sé que nuestro señor Felipe cuarto
os tiene sobre ojo, Seor Poeta;
que está de vuestros versos ya muy harto
y á *Niquea* (1) apellida de indiscreta.
Sé que amais á la Reina como un loco,
pues solo un loco que de gaviás sale,
se atreve ni á mirar, siendo tan poco,
á una excelsa mujer que tanto vale.
Sé... ¡no me interrumpais! que el de Olivares
vuestros secretos pérfidos esconde,
y sé que simulais vuestros pesares
porque Su Majestad no os corresponde.
Sé que fué vuestro orgullo y no Cupido
el que fijó tan alta su mirada,
y, en fin, prestad agora buen oido:
que está vuestra existencia amenazada.
Esto os digo, Don Juan, porque os aprecio:
¿os reis de mi largo y fino olfato?
¡vive Dios! ¡quien tal hace, si no es necio,
merece que le aforquen por ingrato.
—Don Francisco... sois vos, quien tal me dice
y todo es permitido á vuestros labios:
¡si fuerais un villano..! ¡ah! ¡infelice
de vos al proferir tales agravios!
—¿Os dan consejos y volveis bravatas?
calma y paciencia, Tarsis, no hay remedio:
si mis frases no son del todo gratas,
culpa es de Don Gaspar que anda por medio.
—Dejad al Conde-Duque en el *Retiro*
gozar enhorabuena su fortuna.
—¿Puedo olvidarle acaso? ¡si en él miro
al cruel matador del grande Osuna!
Creedme, Conde, desistid al punto
de esos, que vos llamaís, reales amores,

(1) «La gloria de Niquea» comedia de Tarsis en la que muy descaradamente galanteaba á la Reina.

ó entono ya un *Requiescat* al difunto
para que le dé Dios otros mejores.
—¡Ja! ¡ja! es mucha persona mi persona
para ser de sus actos soberana:
¿no es ídolo del Rey la Calderona?
pues de la Reina lo es Villamediana.
No pretendais, Quevedo, disuadirme
valiéndos de fútiles engaños.
—¿De modo, Conde, que rehusais oirme?
muy pronto cogereis los desengaños.
Mas... deseo mostrarme generoso
que un buen consejo á tiempo es una alhaja:
¡AY DEL PIGMEO LOCO Y ORGULLOSO
QUE EL PODERÍO DEL GIGANTE ULTRAJA!

III.

Esto diciendo, marchóse
Don Francisco de Quevedo,
dejando á Villamediana
meditabundo y suspenso.

IV.

Han pasado cuatro dias,
y debe ser hoy de gala
porque pasea Quevedo
con una luciente espada,
gregüescos sin agüeros,
chupa que no está chupada,
chambergo con pluma nueva
y la golilla planchada.
No sé que tiene en el rostro
que por doquiera que pasa,
todos le miran, y todos
se le rien en sus barbas.
Por el lado opuesto llega
un hidalgo de sotana,
que ostenta, como Quevedo,
una gran cruz encarnada.
Es Lope Vega del Carpio,
poeta de grande fama,